

El Pacto Andino en los 90

FELIX MORENO POSADA

El mundo entero se prepara para una reestructuración de la economía internacional, basada en los grandes espacios económicos que se están configurando, a la cabeza de los cuales y casi en forma amenazante para Estados Unidos y el Japón surge la Comunidad Europea, como el espacio económico de mayor producto interno bruto y con las mayores importaciones y exportaciones del globo. Frente a este gigante europeo que aparecerá en los 92, los Estados Unidos y el Japón preparan sus estrategias buscando ellos mismos integración económica con áreas vecinas.

Tres bloques

Estados Unidos procura asociar en su proyecto defensivo a Canadá y a México. Ya ha logrado con Canadá un acuerdo de zona de li-

bre comercio, que podría profundizarse en un futuro y que ha contado con una votación favorable, mediante referéndum hecho el año pasado en ese país. México ha recibido también la misma invitación, pero un sano nacionalismo ha llevado a este país a tratar de acercarse más a Suramérica, aunque la fuerza gravitacional que los Estados Unidos ejercen es infinitamente superior. Quienes conocen a fondo a México consideran que, a pesar de la vocación latinoamericanista de sus dirigentes, este país terminará, más económica que políticamente, formando parte de la norteamérica liderada por los Estados Unidos.

El Japón por su parte se prepara para la competencia con la Comunidad Europea, formando alianzas con sus áreas vecinas, especialmente con Corea y con países del sureste asiático, inclui-

da China; o sea configurando un bloque del extremo oriente, que incluye países como Tailandia y ciudades-estados como Hong Kong y Singapur.

Estos tres grandes espacios económicos hacen ver que no es posible enfrentarse al siglo próximo con las pequeñas naciones-estados que fueron producto de las revoluciones americana y francesa del siglo XVIII. Espacios económicos mayores van a surgir en distintas partes del globo.

El "Manifiesto Capitalista"

De otro lado aparece en el mundo lo que algunos han dado en llamar "el manifiesto capitalista". El reconocimiento que han hecho naciones como China, Unión Soviética y Hungría, sobre las limitaciones del socialismo burocratizado, muestra que las fuerzas de la economía de mercado tienen to-

davía un papel que jugar, aún en países que ya habían considerado atrás el capitalismo como sistema social.

No es posible prever en qué parará el socialismo soviético o chino, al que se le incorporarán elementos de economía capitalista en las pequeñas producciones agrícolas, industriales y de servicio. Algunos ven esto como una vuelta al capitalismo, sin saber si se mantendrán o no las conquistas sociales logradas por el socialismo, especialmente la satisfacción de las necesidades básicas para toda la población. Problema de pobreza crítica y desempleo, acompañados de incapacidad para satisfacer las necesidades básicas, comienzan a presentarse en China y han frenado el ritmo de las reformas procapitalistas. Es indudable que la economía de mercado produce desigualdad y el grado de desigualdad tolerable por un estado socialista, es lo que no se ha definido todavía.

Neocapitalismo

Las mismas ideas del neocapitalismo han ganado prestigio en occidente, debido a los éxitos logrados por algunas economías europeas. Quizás en forma falsa se ha abierto paso la tesis de la disminución drástica del tamaño del estado, como prerequisite para alcanzar mayores tasas de crecimiento, lo que no está demostrado por ninguna evidencia histórica. A pesar de ello, el neocapitalismo o el neoliberalismo de inspiración friedmaniana, retocado y adaptado en Alemania Occidental, en Gran Bretaña, en los Estados Unidos, en España y en Francia, se ha vuelto la ideología dominante para inspirar los modelos de desarrollo de los años 90, en países de menor desarrollo; y así, países como México, Argentina, en menor medida Brasil, en mucho mayor medida Chile, para hablar de nuestro continente, han comenzado a aplicar las reformas neocapitalistas, sobre las cuales basarán su capacidad en participar en la economía internacional en los años 90. A nuestro país y a Venezuela también han llegado

estos vientos y van recogiendo adeptos en forma acelerada y tal vez un poco acrítica. Pero es indudable que el viejo modelo del estado superprotector de la burguesía nacional ha pasado de moda y probablemente se irá desmontando en los años que se avecinan.

¿Qué hacer?

Ante los grandes espacios económicos y la nuevas ideologías del desarrollo, qué debe hacer Colombia en los años noventa? Ante el escepticismo generalizado del actual gobierno, para el cual no vale la pena gastarle más tiempo a un esquema de integración tan difícil, agotador, tan pírrico en resultados, qué hacer?. La respuesta es una sola; hay que persistir.

No hay alternativa a la integración económica y sería suicida que Colombia se fuera sola al mercado internacional. Ya no será posible contar con el éxito del sureste asiático, ni tampoco tenemos sus condiciones. Además la estrategia individual de los dragones asiáticos está llegando a su fin. Se preparan, asociándose, para enfrentar la competencia de Europa y del bloque norteamericano.

Tampoco es posible asociarse a esquemas de integración como el de Argentina y Brasil que, por fortuna para la integración latinoamericana, está cerrado a la adhesión de nuevos miembros, por lo menos durante los próximos cinco años. Es sano para América Latina dejar que los innumerables



problemas, dudas y temores que sobretodo en Argentina despierta este acuerdo, sean resueltos entre estos dos países, con la presencia silenciosa del Uruguay, antes de extender el éxito que ellos deben lograr hacia el norte de suramérica o hacia otros países del cono sur.

Binomio Colombia-Venezuela

A Colombia no le queda, pues, la alternativa de adherir, como sugería unos meses atrás el editorial de un diario de Bogotá, al Acuerdo Argentina-Brasil. No es conveniente para ellos, no es conveniente para nosotros. Colombia tiene un socio obvio para su integración, sin el cual es muy difícil buscar acercamiento a otros países. Lo mismo le ocurre a Venezuela. Sin Colombia, cualquier integración de Venezuela con el resto de Suramérica o de América Latina sería artificial. Resulta claro al final de los 80 que el binomio Colombia-Venezuela debe ser el segundo bipolo de integración en América Latina y que es conveniente fortalecer esta alianza, como primera estrategia de inserción de Colombia en la economía internacional. Para ello es necesario resolver las hipótesis de conflicto que existen aún en nuestros países, así como las resolvieron Argentina y Brasil. Cuando los Ministros de Defensa de estos países dejaron de pensar en juegos bélicos, se abrió paso a los famosos protocolos de la integración en el sur. Colombia y Venezuela deben limpiar el camino de suspicacias para que haya integración económica, incluida la comercial, la energética, la hídrica, la fronteriza, la del transporte fluvial, marítimo y terrestre y la de las telecomunicaciones. Y tal vez más importante que las anteriores es la integración cultural, para vencer estereotipos y falsas imágenes que se alimentan en un país sobre el otro. En suma, creemos que la integración con Venezuela es la pieza central de la es-

trategia de participación de Colombia en el mercado internacional en los años 90.

Este enlace con Venezuela debe arrastrar, empujar, impulsar al resto del Grupo Andino. No deben los mecanismos multilaterales del acuerdo frenar el avance integracionista entre Colombia y Venezuela. Al Pacto Andino le conviene una fuerte integración entre estos dos países. No le conviene que Colombia y Venezuela sigan tan distanciados como lo fueron en los años 80. Otra forma de expansión del binomio Colombia-Venezuela sería hacia el norte: Centroamérica, el Caribe y hacia México en particular. No es excluyente que el binomio Colombia-Venezuela arrastre el avance del Pacto Andino con un acercamiento hacia estas zonas. La integración con México es muy difícil, por la distancia, por el mayor desarrollo relativo de México, por la cercanía al mercado norteamericano, pero está en favor del hecho, comentado anteriormente, de que en los tres países se están dando modelos económicos semejantes, en los cuales el viejo proteccionismo industrial, sin ser bruscamente levantado, como los fué en Chile, ha ido cediendo paso a un régimen de economía más racional.

En los 20 años que cumple el Pacto Andino, Colombia exhibe un saldo favorable en su intercambio comercial con los países del Grupo Andino. Durante toda la década del 60 tuvimos un comercio superavitario con la región. En la década de los 80 sólo hemos tenido déficit en el 82 y 83; de modo que los balances comerciales, sin ser el criterio más importante para definir la participación de Colombia en el Pacto, han sido favorables para nuestro país. No es preocupante que en algún momento puedan ser deficitarios. La integración económica es mucho más que balanzas comerciales equilibradas o superavitarias. Aún para aquellos que miden la integración con los estrechos cri-

terios de las balanzas comerciales, el Pacto Andino ha sido buen negocio para nuestro país.

De cara al siglo XXI

Es con un criterio mucho más amplio, mucho más futurista con el que nos tenemos que enfrentar, para proyectar nuestra inserción en la economía internacional en la próxima década, que es la preparación de la inserción en el siglo XXI. Colombia no puede renunciar a la integración. Sería suicida. Colombia no puede hacer otro tipo de integración, sino partiendo de los países vecinos: Venezuela y Ecuador. Colombia no tiene mejor socio potencial que Venezuela, sobre todo ahora cuando los cambios dramáticos producidos en Venezuela hacen que éste sea un país mucho más semejante al nuestro, con ingresos per capita y con producto interno bruto que se acercan, con gran interés venezolano en exportar manufacturas y otros productos distintos al petróleo, al hierro, al aluminio y a los petroquímicos, con una Venezuela más interesada en integrarse comercialmente con América Latina, interés que no tuvo en los años 70 ni a comienzos de esta década. El Pacto Andino no choca con la integración con otros países latinoamericanos. Debemos dejar esa concepción de los años 70, que dominó hasta comienzos de los 80, en la cual el Pacto Andino se veía como la alternativa a la ALADI, como la sublevación a la antigua ALALC.

Esa visión periclitó históricamente. El Pacto Andino debe ser puente hacia la ALADI, tanto hacia el norte con México, como hacia el sur con Argentina, Brasil y eventualmente Chile. No tenemos otra alternativa de integración que la del sur-sur. No es posible integrarnos con los países ricos del norte, que se cierran sobre sí mismos y se preparan para una guerra comercial que hará correr mucha tinta de periódicos y revistas en los años que vienen.